

Y en que tal vez las voces del sepulcro
 El alma débil piensa distinguir,
 Fija mi vista, inmóvil en el cielo,
 Siento con fuerza el corazon latir,
 Y el pensamiento, alzándose á los astros,
 Entre ellos vuela, sin hallar su fin....

Sobrecogida de temor el alma
 Súplica fervorosa dirigió,
 Que conducida por el suave viento,
 Cual puro incienso, se elevó al Señor....
 Y sublime la voz de la campana
 En medio del silencio resonó....
 Y los lejanos ecos repitieron
 En el espacio inmenso, la oracion.



MANUEL DIAZ MIRON.



VERACRUZ.

Bañada por las olas atlánticas se eleva
 Do alzábanse en un tiempo las Ventas de Buitron, (1)
 Y allá en su altiva frente con sangre escrita lleva
 Su historia y sus desdichas, su gloria y su blason.

Un tiempo á sus riberas llegaron las legiones
 Que el genio condujera del célebre Cortés,
 Y alzaron de Castilla los regios pabellones
 Allí donde las olas bañando están sus piés:

(1) La poblacion de la Villa-rica de Veraeruz fundada por Hernan Cortés, se trasladó, por orden del virey D. Gaspar de Zúñiga, en 1600, á las playas llamadas de las "Ventas de Buitron," por haberse construido en ellas algunas casas de madera y palma para uso del gobernador entonces de Ulúa, D. Francisco Buitron.

Y allí, por vez primera, las playas solitarias
Oyeron, inundadas de blanca y pura luz,
Que al Dios de los cristianos se alzaban las plegarias
Desde una humilde tienda, en torno de una cruz!

¡Cuán bella y cuán risueña, ceñida de dos mares,
Mostróse á los guerreros la tierra de Colon!
¡Cuán bellos sus jardines, sus lagos, sus aduares,
Los templos do rindiera sangrienta su oblacion!

Allá sobre su lecho de flores y espadañas
En ricos almohadones de grana, á la oriental,
De lagos circundada, de valles y montañas,
América durmiera su sueño virginal.

Mas ¡ay! que sus gigantes de nieve coronados
El paso no cerraron al vándalo invasor,
Y en danzas y festejos sus hijos descuidados
Su sueño prolongaron con cánticos de amor.

Hermosa se ostentara y rica y noble un día,
Bajo ese ardiente cielo, la ilustre Veracruz:
Su nombre revelaban, su fama y su valía,
Sus puentes y castillos ornados de la cruz. (1)

Y allá sobre su alcázar (2) sus armas adornaban
El pórtico, la lonja y el gótico arteson,

(1) Alude á los blasones primitivos de la ciudad.

(2) El palacio municipal, cuya fabrica principi6 en 1609 y termin6 en 1621. En 61 moraban los gobernadores espa1oles.

Y en medio de sus plazas sus hijos saludaban,
Con júbilo indecible, su escudo y su pendon.

Dos veces el incendio devora sus hogares
Y ciñe con sus alas ardientes la ciudad. (1)
Dos veces los piratas profanan sus altares,
Y llevan á su seno la muerte y la orfandad. (2)

Mas bella, empero, luego se alz6 la noble villa,
Y templos y palacios de múcar erigi6;
Sus nobles hechos luego lavaron su mancilla:
La gloria de sus hijos sus timbres ilustr6.

Allí está la primera ciudad del continente,
Allí la hermosa joya del cetro colonial.
Las glorias de un imperio pasaron por su frente;
Pasaron sus caciques, su pompa vireinal.

(1) La ciudad sufrió dos incendios: el primero en 1606 y el segundo en 1608. Como las casas eran de tabla, el incendio hizo en pocas horas terribles progresos, y devor6 la iglesia parroquial. A vista de estos desgraciados sucesos, los propietarios de solares se decidieron á construir edificios de cal y canto.

(2) Dos veces arribaron á estas playa los piratas.—En 1568 fué sorprendida la fortaleza "San Juan de Ulúa" por Juan Aquines Ace. Sus tropas tomaron posesion de Ulúa, pero fueron despues rotas y desalojadas por la armada de Indias que mandaba el general espa1ol Lujan, siendo virey D. Martin Henriquez. Posteriormente, del 17 al 18 de mayo de 1693, tuvo lugar la invasion llamada de Lorencillo. Durante seis dias, la poblacion sufrió toda clase de vejaciones. Los piratas convirtieron á las iglesias en prisiones, y saquearon la ciudad.

En láminas de piedra escrita está su historia:
 Sus dioses y caciques con polvo ya cubrió:
 Borró de sus señores y dueños la memoria,
 Y aquí sobre la arena "¡pasaron!" escribió.

Contáronme de niño que su oro y su ventura
 Do quiera derramaba la villa generosa;
 Que en juras y corridas brillaba su hermosura;
 Sultana de las olas que erguida y orgullosa
 Mostraba en los festines su regia vestidura.

Contáronme que un tiempo su nombre saludaban
 Las naves españolas que al puerto guarnecian:
 Contáronme que un tiempo sus leyes acataban,
 Que pecho y homenaje los nobles la rendían,
 Que reyes y vasallos sus fueros respetaban.

Y acaso en larga noche de invierno me contaron,
 Con voz triste y solemne, sus viejas tradiciones:
 Sus cuentos populares de niño me arrullaron,
 Y en tanto que bramaban los recios aquilones,
 A leer sobre su arena su historia me enseñaron.

Su frente en otro tiempo la villa coronaba,
 En juras y corridas, con oro y pedrería:
 Su larga servidumbre con fiestas olvidaba;
 Esclava que en su lecho de múcar sonreía
 En tanto que á sus ojos la lágrima asomaba.

Rompió luego en las lides su yugo y su cadena;
 De dueños y señores triunfó por su bravura,
 Y libre, sus pendones alzando como buena,
 Guerrera victoriosa mostraba su hermosura,
 Y altiva levantaba su frente de la arena.

Cubrió sus pardas sienas de lauros inmortales;
 Ulúa ante sus armas triunfantes se humilló.
 De gloria se cubrieron su nombre y sus anales,
 Que al pié de sus cañones, rodeada de sus leales,
 El rango de los héroes la villa conquistó. (1)

Oyó de la discordia despues los alaridos
 Y oyó de la lisonja maligna los consejos:
 Su seno destrozaron rencores y partidos;
 Tornáronse en combates sangrientos sus festejos,
 Y el ruido de las armas oyóse en su egidos.

Miró sus ricas joyas la Francia codiciosa,
 Y al golfo Mejicano sus naves dirigió:
 Alzóse de sus muros, airada y animosa,
 La vírgen de los mares, la villa valerosa,
 Y al galo en sus arenas ardientes combatió.

Mas ¡ay! que osada turba de viles opresores
 Llegara á sus riberas en triste, aciago día:

(1) El congreso del Estado concedió á la ciudad de Veracruz el título de Heróica, por la victoria que alcanzó sobre Ulúa.—Decreto de 7 de agosto de 1826.

Cayeron bajo el hacha sus bravos defensores,
Y en tanto que la muerte sus plazas recorra,
Sus hurras repitieron los tercios vencedores. (1)

Y es voz que á sus acentos airados levantaron
Sus ricos fundadores las frentes enterradas;
Que cerca el roto muro de múcar se sentaron,
Y al brillo del incendio, sus calles asoladas,
Postrados en la arena sangrienta, contemplaron.

De propios y de extraños la sangre ha salpicado
Sus campos y heredades, su alcázar y sus templos:
La muerte sus guerreros mil veces ha diezclado
De arrojo y de bravura recuerdan mil ejemplos
Sus *páginas de piedra* que el tiempo ha respetado.

El polvo de los siglos las regias tradiciones
Borrando va en la hermosa ciudad ennoblecida.
Rompiéron los extraños su cetro y sus pendones,
Y fábula creyeron su gloria ya perdida,
Y fábulas tan solo su fama y sus blasones.

En torno de sus ruinas, matrona fatigada,
Ya inclina sobre el polvo la frente con dolor:
Sin toca la cabeza, la faz ensangrentada.
Aquella en otro tiempo cual reina saludada,
No tiene ya festines, ni cánticos de amor.

(1) Alude al bombardeo de la ciudad por las fuerzas militares norte-americanas, en marzo del año de 1847.

Pasó, como su gloria, su espléndida belleza,
Y el sol que iluminaba su regia bacanal.
Alumbra ora tan solo su duelo y su tristeza,
Que fué, no mas, un sueño de gloria y de grandeza
Su pompa y sus festejos, su fausto sin rival:

Un sueño... mas el sueño feliz de la ventura;
Delirio de una hermosa que reina se soñó,
Y al verse en el espejo la rica vestidura,
Temió por sus alhajas, tembló por su hermosura,
Y al suelo sus pendientes, sus galas arrojó!

¿Dó está la grey modesta que oraba en sus altares,
En medio de sus templos, en torno de la cruz?
¿Dó están los que fundaron su alcázar y sus lares,
Aquellos que en palacios trocaron sus aduares,
Y ufanos la llamaron la "Nueva Veracruz?"

¡Pasaron ya!—Del tiempo severo las lecciones
Sus piedras carcomidas mostrando están do quier.
La tierra es ancha tumba de pueblos y naciones:
El soplo de los siglos arrastra los padrones,
Y torna en polvo estéril la gloria y el poder.

Allí está la primera ciudad del continente,
Allí la rica joya del cetro colonial.
Las glorias de un imperio pasaron por su frente;
Pasaron sus caciques, su pompa vireinal!

Allí la que ha brillado temida y respetada
 En lides y consejos, en ciencia y en valor:
 Allí la hermosa villa, de torres coronada,
 Que alzaba en los festines sus cánticos de amor.

Allí la noble cuna de sabios y guerreros,
 Allí la renombrada, magnífica ciudad,
 Que su oro, su diadema, sus títulos y fueros
 Trocara por la hermosa, preciada libertad.

En láminas de piedra escrita está su historia:
 Sus dioses y caciques con polvo ya cubrió:
 Borró de sus señores y dueños la memoria,
 Y aquí sobre la arena "¡pasaron!" escribió.



MIGUEL DUQUE ESTRADA.



MARIA DE LOS DOLORES.



I.

Heme aquí en tu santuario: sacros himnos
 Piadoso pueblo en tu alabanza canta;
 Densa nube de incienso se levanta
 En torno de tu imagen sin cesar.
 A tus plantas desparcen sus aromas
 Fragantes rosas y nevados lirios,
 Y se reflejan pálidos los cirios
 En las gradas de plata de tu altar.

¡Qué bella estás bajo el dosel purpúreo
 Todo con franjas de oro recamado!
 ¡Qué bello está, de estrellas salpicado,
 Tu ancho manto de seda azul turquí!
 ¡Qué bella estás! De tus rasgados ojos,
 Vueltos al cielo con angustia fiera,
 Lágrimas se desprenden que quisiera,
 Para verterlas yo, quitarte á tí.

Vengo á encontrarte, medianera ilustre,
 Antes que el rayo sobre mí descienda;
 Vírgen, perdon si vengo sin ofrenda,
 Perdon aun otra vez, no vengo á orar.
 Sus alas plega el triste pensamiento,
 Ni cree ni osa negar en su delirio;
 Duda ¡oh Vírgen de amor! Letal martirio,
 Pena horrible, de sangre, eso es dudar.

¡Ah! pon tu mano en mi precita frente;
 Hierve en volcán bajo mi piel helada;
 Siento un rio de lava, que abrasad
 Quema, tuesta, calcina el corazon.
 Pongo á tus piés mi espíritu llagado:
 Tu amorosa mirada en fe lo encienda;
 Ten, refrena su audacia con la rienda
 Que opone á ímpio dudar la religion.

Enfrénale, Señora, que la duda
 Envilece y destroza, engrie y aterra:

¡Oh, no son estas penas de la tierra!
 El mismo infierno me atormenta ya.
 El no mas se desgarrá en su delirio:
 Su orgullo aumenta mientras mas se humilla . . .
 Sí, en la duda la llama eterna brilla;
 Por que aquel que no cree, juzgado está.

.....

II.

Deten la tempestad que me amenaza,
 No me anonade la ira celestial;
 Sé mi ángel de la guarda, mi coraza;
 Me asiré de tu falda maternal.

Pasen estas angustias tormentosas,
 Pase la oscuridad, venga la luz;
 Tórñense mis espinas blancas rosas,
 Y verde palma tórñese mi cruz.

Consuelo de los tristes, ¡Vírgen pía!
 Vuélveme al Dios que crédulo adoré;
 Dame la venda que mi sien ceñia,
 Dame paz, dame creencias, dame fe.

.....

III.

¡Oh! gracias, gracias, Virgen soberena,
Recobro en tu santuario paz y fe;
Ante tus sacros piés cada mañana
A darte gracias con fervor vendré.

Por tí siento hasta mí desde los cielos
La calma descender del llanto en pos,
Y no se atajarán por tí los vuelos
De mi esperanza y mi confianza en Dios.



FELIX MARIA ESCALANTE.



LA SEDUCCION.

La noche se avecina; de la tarde
El espirante sol en la ancha falda,
Sobre un campo de rosa y de esmeralda
Sus últimos fulgores derramó;
¡Y aun estás á mi lado, tu cabeza
Reclinando en mi pecho tristemente!
Alza un instante tu marchita frente,
Mira otra vez al que tu pecho amó.

Enjuga el llanto, tu afliccion me acusa;
 ¿Ves esa luna que al zenit se avanza?
 Si antorcha fué de amor, luz de esperanza
 Y de dulce consuelo nos dará.
 ¿No respondes, Elvira? ¿Tus miradas
 A mí diriges? su expresion me aterra;
 Lo que tu labio con secreto encierra,
 Pintado en ella con dolor está.

¡Ten de mí compasion! no, no me acuses;
 Sé que soy el autor de tu tormento;
 Una pasion fatal en un momento
 A manchar tu pureza me arrastró.
 Sí; yo soy el culpado, tú inocente,
 Cándido cisne que á la mar volara,
 Y huyendo de las olas que abortara,
 Veniste al lazo que mi amor te armó.

Escaldados tus párpados contemplo,
 Por el llanto que viertes á raudales;
 En tus mejillas pálidas señales
 El sufrimiento con horror dejó.
 Con la sonrisa que tu faz inunda
 Mis bárbaros martirios acrecentas;
 Disimular tu pena ¿por qué intentas,
 Si al fin el corazon la adivino?

¡Ah! ¿qué fuera bastante, vida mia,
 Para calmar tu congojoso duelo?

Cada lágrima tuya vale un cielo,
 ¿Por qué verterlas con tan negro afan?
 Tu delicada tez humedecida
 El aura de la noche va secand-;
 ¿Mas el llanto se agolpa! ¿cuándo, cuándo
 Tus profundos pesares cesarán?

No merezco tu amor; ¿por qué, ángel mio,
 Con tus caricias mi martirio aumentas?
 Con ellas mis pesares alimentas,
 Ellas un crímen me hacen recordar:
 Aléjame de tí, mujer divina;
 Lo que antes fuera amor, maldicion sea:
 Mátame por favor; pero no vea
 De tus ojos las lágrimas brotar.

Sí, maldíceme, sí: el que del crímen
 Te hizo apurar la hiel en copa de oro,
 El que manchó tu virginal decoro,
 Infame, con deleite engañoso,
 Tu maldicion merece; . . . mas detente,
 ¿No profieras por Dios! Al adorarte,
 ¿Cómo podré colérica escucharte
 Sin morir de vergüenza y de dolor?

¡Perdon, perdon! La noche, la natura,
 Parecen conmoverse: de amor lleno
 Aun palpitante está tu hermoso seno:
 ¿Y olvidas mi conducta criminal?

¡Dios de bondad! Protege á la que amante
Lamenta y llora con delirio ciego,
A la que alzando con fervor su ruego,
Te invoca con acento celestial.

¡Pobre Elvira! ¿contemplas estos sitios?
Ellos vieron las dichas que gozamos;
El canal trasparente en que bogamos
Refleja de la luna el resplandor.
Esos sauces que miras reclinando
En las aguas sus brazos agobiados,
En deleites nos vieron agitados,
Vivos recuerdos de un funesto amor!

Bella la luna como un tiempo brilla
Sobre los verdes valles y vergeles;
Los gritos de sabuesos y lebreles
Como entonces oímos resonar:
Aun se oye el relinchar de los caballos,
Del cazador el cuerno penetrante,
Y mas lejos, monótono, constante,
El golpe de las olas de la mar.

En un bosque de fresnos y naranjos,
Ora como antes juntos nos hallamos;
La atmósfera que entrambos respiramos
Es la misma que vaga en derredor:
Las auras de la noche que precoces
Tus cantares en torno difundian,

Tambien susurran hoy como solian;
Mas llevan tus suspiros de dolor.

Y ¿qué será de tí? Noche espantosa
A tan diáfana luz ha sucedido;
Te abandonó el placer, triste gemido,
No tu canto de gloria, resonó.
De tu tez el esmalte, ¿qué se ha hecho?
Ni un resto queda ya de tu hermosura,
Rompióse el talisman de tu ventura,
La flor de tu inocencia se sécó.

Ven, huyamos de aquí, porque estos sitios
Que fueron tan felices, son fatales;
De una historia de amor vivos anales,
Publicando tu afrenta siempre están.
¿Para qué recorrer la historia triste
Que presenta memorias de tormento?
Las llagas que causara el sufrimiento,
¿Por qué enconarlas si martirio dan?

Pero es en vano; los pesares crudos,
En nuestro corazon siempre grabados,
Nos seguirán sin fin: los desgraciados
Lo mismo son aquí que mas allá.
¡Sueños de amor, recuerdos de contento!
¿Por qué turbais el pecho dolorido?
Si horrible es el presente, lo que ha sido
¿Por qué indeleble en la memoria está?

Lejos de mí, delirios que la mente
Halagáis con visiones de ventura,
Cándidas nubes de sin par blancura
Que os alzais de la vida en el oriente:
Dejad al corazon, que aun late ardiente,
Perderse en un océano de amargura;
Si nuestra sed no templá la onda pura,
¡A qué mirar las aguas del torrente?

Pasen las dichas que el amor me diera,
Como las aves por el aura fría,
Sin dejar rastro en su fugaz carrera:
Delicias que volásteis en un día,
Tanta pena me dais, que bien quisiera,
¡Ay! arrancaros á la mente mía!

Y tú, flor solitaria, flor marchita
En el abril de tu existencia bella;
Tú que al mundo alumbraste, pura estrella,
Y el mundo tus fulgores apagó;
Sigue en tu soledad, proscrita, errante,
Tú á quien la soledad tanto adoraba,
Porque esa soledad que te aclamaba,
Con eterno baldon te señaló.

¡Qué horrible porvenir se nos prepara!
Lucha azarosa nuestro pecho oprime;
Llora, lloremos juntos, que es sublime
El llanto que destila la pasión.

Tal vez mañana tristes, sin aliento,
Rendidos al dolor que nos espera,
Ni estéril una lágrima siquiera
Arrancará á los ojos la aflicción.

Sitios de amor, de dichas, de misterios,
Ora llenais mi corazon de duelo;
Elvira amante, objeto de mi anhelo,
Mañana de nosotros ¿qué será?
Quizá al morir de la vencida tarde
Entrambos maldiciendo nuestra suerte,
En vano llamaremos á la muerte;
La muerte á nuestro ruego no vendrá.

